



NATURALEZA, CULTURA Y YAGÉ

Juan Gabriel Ocampo Hurtado¹, Sandra Biviana Cardona Ospina²

RESUMEN

El uso del Yagé como parte de las relaciones entre naturaleza y cultura representa un escenario de investigación en antropología de la religión donde el pensamiento del hombre amerindio se yergue sobre el del hombre moderno. La investigación Lógica y Arquitectura, desarrollada en la Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales (HERMES -12579), encuentra en la evolución de la conciencia un motivo de exploración en el conocimiento. Esta evolución afecta la interpretación a los sentidos del “ser” y “estar” en un lugar determinado. Es decir afectan al significado del KHORA. Para tener una aproximación a la connotación sagrada del yagé, se plantean dos narraciones que plantean la tensión entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu.

Palabras clave

Antropología de la religión, ciencias del espíritu, comunidades indígenas, selva amazónica.

ABSTRACT

The use of Yagé as part of the relationship between nature and culture represents a stage of research in anthropology of religion where the thought of Amerindian man stands on the modern man. Logic and Architecture Research, developed at the National University of Colombia at Manizales (HERMES -12579) in the evolution of consciousness in a matter of knowledge exploration. This change affects the interpretation of the senses of “being” in a certain place. That is affecting the meaning of Khora. For an approach to the sacred connotation of Yage, two narratives posed the tension between the natural sciences and the human sciences arise.

Keywords

Anthropology of religion, science spirit, indigenous communities, Amazonian rainforest.

¹ Profesor Asociado, Universidad Nacional de Colombia. Dr. En Arquitectura, Diseño y Urbanismo. UAEM, Morelos-México. jgocampoh@unal.edu.co

² Administradora de Empresas. Universidad Nacional de Colombia. Maestría Medio Ambiente y Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia. sbcardona@unal.edu.co

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XIX Richard Spruce, en una jornada interminable en los anales de la historia de la botánica, decide atravesar profusos ríos inexplorados, recorriendo a remo más de seis mil cuatrocientos kilómetros de aguas oscuras para sumergirse en los bosques húmedos de la selva amazónica. Hogar de unas veinte etnias indígenas que vivían y compartían un profundo conocimiento de plantas silvestres desconocidas por la ciencia moderna en aquel tiempo (Davis, 2004, pág. 451). En esa expedición, que lo llevo a todo lo largo del Rio Negro en Amazonas (Brasil) y pasmado ante la diversidad de la selva, descubrió en 1852 entre los tukano de urubú-coará cerca de Ipanoré, la fuente botánica del Yagé, el B. Caapi, un misterioso alucinógeno tan antiguo como las tierras amazónicas que le dan vida.

La ceremonia del culto del Yurupary hipnotizó al botánico inglés a sus 35 años de edad. Recuerda, cuando llegó al atardecer a la maloca tucana «urubú-coará», los sonidos ignotos de los *botútos*, o trompetas sagradas, que empezaron a resonar profundas y lúgubres como si las resonancias ancestrales de la selva entraran con potencia en sus oídos (Davis, 2004). A Spruce le pareció extraño ver correr a las mujeres bajo techo, antes de que salieran los hombres con los instrumentos, pues el hecho de ver una trompeta del ritual, significaría su sentencia de muerte.

Ya dentro en la maloca, Spruce se encontraba reunido con trescientos hombres, adornados los cuerpos con rayas de tintes rojos y azul oscuro; ojarcas³ de cuencas rojas que pendían en sus tobillos, al tiempo que largos collares de cuencas de vidrio y dientes de jaguar cubrían sus cuellos (Davis, 2004, pág. 468).

El ritual se lleva a cabo, y Spruce, interesado en la flora empleada en la ceremonia, le presta especial atención a una planta extraña y amarga de color ocre verdoso que un anciano tucano cantando y danzando llevaba en cada mano y en torno a la maloca, para ofrecerles a los jóvenes bailarines invitados.

En las primeras anotaciones sobre sus efectos neuroquímicos y somáticos producidos por la ingestión

³ Accesorio ritual propio del atuendo que utilizan los indígenas en los tobillos, en los actos ceremoniales del Yagé.

de la bebida, Spruce describe el comportamiento de los indígenas:

“In two minutes or less after drinking it, its effects begin to be apparent, the Indian turns deadly pale, trembles in every limb, and horror is in his aspect. Suddenly contrary symptoms succeed: he bursts into perspiration, and seems possessed with reckless fury, seizes whatever arms are at hand... in about ten minutes the excitement has passed off, and the Indian grows calm, but appears exhausted” (Spruce, 1908)

Spruce fascinado por la extraña reacción de los tukano resuelve participar del ritual indígena y toma una pequeña pócima del espeso brebaje. En su diario anotó:

“(...) White men who have partaken of caapi in the proper way concur in the account of their sensations under its influence. They feel alternations of cold and heat, fear and boldness. The sight is disturbed, and visions pass rapidly before the eyes, wherein everything gorgeous and magnificent, they have ever heard or read of seems combined; and presently the scene changes to things uncouth and horrible. These are general symptoms, and the Upper Río Negro, Vaupes and Orinoco have all told me the same tale, merely with slight personal variation” (Spruce, 1908, págs. 419-422)

De esta manera, el yagé (figura 1), el nombre vernáculo con el cual se conoce esta planta, así como la bebida preparada por ella⁴, fue conocida en el universo botánico como Banistera Caapi, cambiado posteriormente a Banisteriopsis caapi (Dolmatoff, Estudios Antropológicos, 1969)

Desde los tiempos de Spruce, botánicos, antropólogos, etnobiólogos, psicólogos y otros especialistas trataron de precisar la taxonomía de los ingredientes que intervienen en la preparación del alucinógeno aborigen, así como las implicaciones culturales del ritual, los diversos modos de preparación y la acción neuro-farmacológica de la acción. (Dolmatoff, Estudios Antropológicos, 1969).

⁴ Según los estudios Antropológicos que publica en 1969, G. Reichel-Dolmatoff, el término Yagé (o yajé) es tomado probablemente de la lengua geral del Brasil, es de común uso en el noroeste amazónico, pero la planta se designa, además diversos nombres, según el idioma indígena local. En el caso de las comunidades indígenas peruanas, se conoce como Ayahuasca en lengua quechua.



FIGURA 1: PLANTA DE YAGÉ (BANISTERIOPSIS.CAAPL.) RAMA CON FLORES. FOTO G. FRAUSION.

METODOLOGÍA

El yagé así como el copal, son instrumentos que pueden modificar la percepción sensorial. La investigación “Lógica y Arquitectura” se desarrolla actualmente en la Universidad Nacional de Colombia y registrada con el código 12579 en el sistema de información HERMES, recibe apoyo financiero de la convocatoria nacional de investigación y de creación artística de la Universidad Nacional de Colombia 2010-2012. Dicha investigación se lleva a cabo en el interior del Grupo de Medios de Expresión y Comunicación y con exactitud en la línea de investigación en Arquitectura y Poética.

El uso consciente de los sentidos para la adquisición de datos procedentes del entorno forma parte de los objetivos de dicha investigación. Para tal efecto, la administradora de empresas Sandra Biviana Cardona Ospina, además de hacer aportes en la Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo con publicaciones como “El salto cuántico de la Administración”⁵ o las

⁵ Revista Ensayos. ISSN: 2145-1206 p.12-23 v.2

“Relaciones de Administración-Desarrollo Sostenible, Sueños de Anticipación y Disopías del Desarrollo”⁶, señala el inicio de la BanisteriopsisCaapi como especie botánica reconocida. A partir de este hallazgo, la antropología de la religión tiene un punto de encuentro entre la ciencia y la religión donde la alteración de la conciencia puede verse como fenómeno y por ende, puede formar parte del universo investigativo de la fenomenología o por otra parte, puede encontrar instrumentos de interpretación mediante la hermenéutica.

En las raíces culturales de los pueblos se encuentra la búsqueda de caminos para entrar en contacto con niveles de existencia diferentes del terrenal e inmediato. El contacto con los dioses afecta las formas de existencia de los seres humanos y es por ello que los sentidos como medio de comunicación entre el mundo y el “yo” condicionan la forma de “ser” y de “estar” en el sitio (Derrida, 1995). La presencia de un individuo en alguna parte se refiere a las dos condiciones mencionadas. Se puede “estar” en un sitio pero el nivel de conciencia, el tipo de relación que tiene con lo que le rodea y la conducta que tiene le definen en su “ser” en el sitio. La Banisteriopsis Caapi implica para los pobladores mencionados anteriormente una modificación profunda a su KHORA. Es decir a su sentido de lugar y por ende al sentido de su existencia.

La tensión entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu (Gadamer, 1998) materializan en la relación ente la antropología de la religión y la Banisteriopsis Caapi un punto de encuentro entre el conocimiento tradicional y el conocimiento moderno en donde las relaciones entre naturaleza y cultura definen al medio ambiente habitado.

Un Encuentro con el Pensamiento de los Mayores

“Había que aprender a dirigir las visiones con las canciones. Esto era lo más aterrador. El maestro chamán conjura serpientes envueltas en llamas, miles de garras airadas que arañaban el cielo. El aprendiz tenía que enfrentársele, de pie, sin vacilaciones, con fuerza. Sólo entonces podía chupar los

⁶ Revista Ensayos. ISSN: 2145-1206 p.15-25 v.3

pechos de la mujer jaguar. Y cuando estaba empezando a sentirse cómodo, ella lo lanzaba a un nido de víboras. Una de ellas lo llevaba al cielo, donde las gentes del Yagé le presentaban a los espíritus de los muertos. Sólo después de muchos viajes terribles, encontraba el iniciado a Dios. Estaba de pie ante un árbol solitario, delante de una puerta que abría a la nada". (Davis, 2004, pág. 232)

La primera vez que tomé Yagé fue en Sibundoy en el año 2007, por invitación de Leandro Laguna, un amigo de la universidad de descendencia indígena, quien me había hablado del yagé, refiriéndose a él como el “bejuco del alma”. Intrigada por las historias que me contaba Leandro; su visita al mundo de los ancestros, las visiones alucinatorias de brillantes colores, el encuentro con el gran abuelo... todas esas descripciones salidas de la realidad, alimentaban mi encuentro con la planta sagrada. “tomar yagé es en realidad una prueba —decía Leandro— la esencia del bejuco abre puertas en la mente insospechada para el hombre, aterradoras en muchos casos, es una especie de confrontación”.

En Sibundoy, Leandro había concertado la cita días antes con el chamán, así que el 15 de octubre, después de un día de preparación, es decir, una dieta liviana sin carnes, consumiendo unas pocas frutas y pensando en el propósito de la toma; llegamos en las horas de la noche, después de atravesar varias huertas campesinas e indígenas, a la casa del taita Argelino Chindoy, un hombre de baja estatura, que nos invitó a pasar amablemente.

Leandro y don Argelino se saludaron como viejos amigos, después de lo cual presentó al grupo de la Universidad que se había acogido a la invitación. Recuerdo que éramos, tres mujeres y tres hombres los que veníamos a participar del ritual de yagé.

Después de la bienvenida, don Argelino empezó a contarnos un poco sobre las implicaciones de tomar Yagé la primera vez. La advertencia inicial que hizo a las mujeres, consistía en abstenerse de participar del ritual si se encontraban en periodo menstrual, pues según las explicaciones del taita —“la mujer corta la pinta del yagé, no puede ver, no puede ver ni deja ver al hombre, puede ser peligroso”— ninguna mujer dijo nada al respecto.

Don Argelino continuó: “La mujer en su periodo menstrual tiene en su vientre mucho calor, una fuerza potente que corta las visiones del yagé. Por eso una mujer no puede dedicarse a estas cosas, sino después de una edad”. Ya refiriéndose al yagé como tal nos dijo: “el yagé es sagrado, es una medicina que limpia el cuerpo y el alma, es una purga en toda la dimensión del hombre. Si quieren le pueden preguntar al espíritu del yagé, para que él les muestre lo que quieren ver”. Después de unas advertencias más, don Argelino nos invitó a pasar a un cuarto más pequeño, y a sentarnos cómodamente mientras el terminaba de prepararse. Antes de salir, Leandro le entregó una bolsa, en la que venía media botella de aguardiente, uno de los requisitos exigidos por el chamán.

Ya estaba entrada la noche y la luna había salido, tocando las montañas con una luz reluciente bajo un cielo negro azul. Nos encontrábamos sentados en silencio, mirándonos de cuando en cuando, intrigados y nerviosos. La esposa del taita encendió repentinamente velas aquí y allá, una tenue luz inundó el pequeño cuarto.

—Jóvenes— Interrumpió el taita, entrando a la habitación.

Don Argelino se sentó tras una mesa, arreglando y volviendo a arreglar sus objetos rituales, un abanico de hojas, trozos de cuarzo pulido, plumas rojas y azules de guacamaya y varios collares de semilla y dientes de jaguar. En la misma mesa también se encontraban imágenes católicas, una virgen, un niño Jesús, y una foto del chamán tomada en el veinte de Julio de Bogotá⁷.

“El taita está arreglando los espíritus —susurro Leandro —El collar es el sonido de la selva que empieza en el Putumayo. Las piedras que están en la mesa, son las frutas de los árboles que vienen del cielo. Las plumas pintan las visiones. El abanico de hojas es el espíritu invocado por el taita, «waira sachá», con ella limpian la bebida y lo limpian a uno.

Don Argelino destapó la botella de aguardiente, y tomándose un buen trago continuó con la preparación. En una vasija de madera vertió el espeso

⁷ Lugar donde se encuentra una de las iglesias más importantes de la religión católica en Colombia.

bebedizo. Luego se sentó en completo silencio durante un buen tiempo. Nadie habló. Lentamente empezó a surgir de su cuerpo inclinado un canto gutural, que iba y venía, formando un lenguaje melancólico y suave. De sus manos emergió el abanico de hojas, estremeciendo el aire. El canto gutural fue interrumpido por unas oraciones católicas, palabras que se empezaron a mezclar nuevamente con el lenguaje ignoto del taita.

El chamán sacó el yagé de la vasija con una totuma del tamaño de una taza pequeña, conjuró una oración más y bebió el contenido, una sutil mueca irrumpió en su rostro. Tenía un montón de cuencas de colores en torno al cuello y largos collares de semillas y dientes de jaguar que se entramaban en el pecho. En su cabeza una corona de plumas emergía de su espalda en vivos colores. La luz tenue mezclada con el atuendo ritual, le daban un aspecto salvaje.

Se volvió a dirigir a la vasija. Ahora el canto se había convertido en un silbido suave. El batir y el crujiir del abanico acompañaba las palabras que se rompían en silbidos, sonidos extraños, guturales. Finalmente hizo la señal de la cruz, con una oración más, dirigiéndose repentinamente a la planta con su nombre en quechua, *ayahuasca*, se inclinó una vez más en la vasija. Luego le hizo una señal a Leandro quien se acercó, al tiempo que aceptó un trago de aguardiente. Don Argelino le pasó la pequeña totuma, que tomó con las dos manos, después de beber arrugó el rostro pronunciadamente.

Así, cada uno paso a tomar su primera dosis de yagé. Don Argelino después de cada toma limpiaba con el abanico la vasija, cuando llegó mi turno, tome la totuma y sin pensarlo más, de un sólo sorbo me tomé el bebedizo. El olor y el sabor acre eran tan fuertes que sentí en todo mi cuerpo un estremecimiento profundo, subía desde mis pies hasta la cabeza.

El resto del grupo tomó a continuación, después de lo cual nos volvimos a sentar, esperando luego en una extraña quietud, los efectos de la medicina ancestral. Don Argelino seguía entonando canciones, palabras que se desvanecían en silabas y silbidos. Yo decidí sentarme sola en una silla y concentrarme en las manifestaciones de mi cuerpo.

Aproximadamente treinta minutos después, un calor intenso ascendía desde el estómago, pronunciándose en el pecho y los hombros, sentí por un momento como si en efecto, una enredadera empezara a enlazar en mi cuerpo, retorciéndose con fuerza, con exigencias, con energía. Oí un zumbido lejano, que venía como el aletear de un pájaro en un canto vespertino. Creí, por un momento que venía de afuera, en realidad vibraba bajo mi piel.

Me sentí mareada, cerré los ojos, y el mundo en mi cabeza empezó a girar vertiginosamente, el calor de mi estómago se convirtió en un palpito sensual, algo en mi ardía, una lava ascendía desde mi vientre, vertiéndose en pensamientos eufóricos, los colores se disolvían en formas y sabores; imágenes ancestrales surgían caóticamente, sentí temor. Repentinamente abrí los ojos. Atormentada por el vértigo y las náuseas salí corriendo a vomitar.

Entonces, tras un primer vómito siguió una convulsión violenta del estómago. Las piernas temblaban y nuevamente vomité. Un río entero salía de mi cuerpo y se mezclaba con la tierra negra, bajo el cielo inmenso. Por un momento tuve una visión clara del lugar. Estaba en la parte posterior de la casa y mire algunas estrellas titilando a lo lejos. La luna seguía su acostumbrado trayecto en el ingente océano de la noche. Sentí de pronto que una puerta se abría en mi interior, un viento helado y ráfagas de colores surcaron el aire. Tuve una sensación pasajera de bienestar en medio del caos sensorial.

Entré de nuevo al cuarto mientras todos estaban en sus trances. Algunos seguían vomitando afuera. Otros hablaban cosas extrañas y otro más se retorció en el suelo. Leandro estaba acostado en una estera. Lo vi llorando copiosamente y hablando en dialecto. Todo me resultaba confuso, en realidad no sabía si estaba bien o no.

De un lugar empezó a surgir una agradable melodía, era el taita Argelino con una armónica y su abanico de hojas, conjurando fuertes visiones: "*pinta, pinta, pinta, yagé, pinta virgencita, niño lindo, pinta, pinta...*". Entre cantos y sonidos el chamán empezó a acercarse a cada uno de nosotros, estremeciendo el abanico por el cuerpo, al tiempo que un olor a incienso ascendía con cada convulsión.

Cuando se acercó a mí sentí de nuevo náuseas crecientes. La voz terriblemente lejana, se disolvía en docenas de texturas, raíces y resinas machacadas, mariposas volando lentamente, dejando a su paso una estela azul. El brillo misterioso de sus alas dejaba ver serpientes escondidas en la hojarasca de la selva mientras que lentamente en una danza sin fin crecía la vida y los frutos exuberantes brotaban de la superficie de la tierra.

Abrí de nuevo los ojos, esta vez vi más personas, en este momento de la noche solo dos velas alumbraban tenuemente. Los nuevos invitados eran hombres que acompañaban sentados y fumando tabaco a don Argelino. Unos llevaban collares de semillas que estremecían en el aire mientras cantaban, otros se reían alegremente cuando alguien expresaba su malestar físico, o el miedo a las visiones.

La noche pasaba y poco a poco cambio el tono de las visiones. El aire húmedo se enfrió anunciando el amanecer. Yo recuperaba y perdía la noción del tiempo y la conciencia. Cuando volví a despertar, sentí un profundo vacío en medio de la incertidumbre que rodea esas primeras horas del amanecer.

Don Argelino me miró con sus profundos ojos y con una seña me instó a sentarme a su lado. Tomó el abanico en sus manos y me rozó todo el cuerpo en una serie de movimientos rítmicos y cuidadosos. Cantando y conjurando oraciones limpió con su abanico las malas energías. Luego tomó mi cabeza entre sus manos y empezó a chuparla y a jadear, al tiempo que escupía en el suelo. Este mismo procedimiento lo realizó con cada persona.

Cuando salimos de la casa del chamán, sentí que el agotamiento se mezclaba con una sensación más profunda, una intuición de que me había acercado un poco, al misterio insondable de la vida, había participado del pensamiento de los mayores. Ninguno de mis compañeros dijo una palabra hasta llegar a la casa de Leandro.

Implicaciones del Yagé en la Cosmovisión Indígena

Después de casi un siglo de haber sido identificado *Banisteriopsis caapi*, Richard Evans Schultes,

siguiendo los pasos de su héroe, Richard Spruce, se encontró de nuevo el yagé en la selva, “*en la tierra donde reinan los dioses*”, como gustaba llamarla, entre los inganos sobre el río Caquetá. Schultes después de recolectar algunas especies de yagé, y de observar la prelación ritual por parte los indígenas, se dio cuenta que los curanderos inganos adoptaban el yagé como medio visionario y como fuente de enseñanza. Era la planta la que hacía el diagnóstico, en palabras de Schultes: “*El curandero lo bebe para ver la hierba o hierbas indicadas para el enfermo*”. (Schultes 1942, en David Wades., 2004 pág. 255)

Sin embargo, este primer encuentro sería más importante para la investigación etnobotánica. Schultes encontró, de acuerdo con el testimonio de sus informantes indígenas y a partir de su propia experiencia con el bejuco, que en la preparación del yagé, incide otra planta llamada *chagropanga*, que sirve para potencializar el efecto alucinatorio del bebedizo. Este descubrimiento puso en evidencia la pericia de la que disponían los indígenas del norte del Amazonas para el uso de plantas medicinales, en otras palabras: “*Schultes había tropezado con un hecho de alquimia chamánica sin paralelos en la Amazonia*” (Davis, 2004, pág. 256).

En efecto, hace cientos de años, los chamanes del noreste amazónico descubrieron que se podía ampliar drásticamente los efectos alucinógenos del yagé añadiendo unas cuantas plantas secundarias. De las veinte plantas utilizadas para este fin, dos son de particular interés para la ciencia. La *Psychotria viridis* un arbusto de la familia del café y la Chagropanga (*Diplopterys cabrerana*), bejuco selvático con relación cercana al yagé. (Dolmatoff, Estudios Antropológicos, 1969, pág. 295).

Ambas plantas contienen triptamina, potentes compuesto psicoactivos, que al ser fumados o aspirados producen una intoxicación intensa y muy rápida, caracterizada por asombrosas imágenes visuales. Lo curioso de estas plantas, es que al ser ingeridas oralmente, sus compuestos no producen ningún efecto en el organismo humano, producto de la encima monoamina oxidasa (MAO) ubicada en el intestino, cuyo efecto es el de neutralizar los compuestos (Davis, 2004).

Lo que realmente asombró a Schultes no fue el efecto de los alucinógenos, sino el implícito problema intelectual planteado por los preparados indígenas. La diversidad amazónica en flora es descomunal, existen decenas de miles de especies, con propiedades distintas entre sí. Entonces ¿Cómo era posible que los indios identificaran y combinaran con tanta precisión y refinamiento plantas morfológicamente diferentes con propiedades químicas complementarias?

Schultes aceptó finalmente, la creencia arraigada que los pueblos indígenas tenían sobre las plantas medicinales, alimentada por interesantes relatos cosmogónicos, relatos que evidenciaban cómo las ideas mágicas y míticas eran parte ineludible de la estructura de su pensamiento. “*Sus conocimientos botánicos no podían separarse de su metafísica*”—afirmó el etnobotánico inglés—. (Davis, 2004, pág. 258).

Sin embargo, Schultes no sería el único científico que encontraría un terreno cosmogónico en la concepción y manejo del alucinógeno ancestral. En 1985, Jeremy Narby se encontraba en la selva amazónica del Perú, en la comunidad del Quirishari, realizando un trabajo de investigación sobre la ecología de los Asháninca, con el propósito de doctorarse en antropología.

Cuando el antropólogo les preguntaba a los hombres de la comunidad, de donde obtenía su profundo conocimiento medicinal, estos les respondían: “*las propiedades medicinales de las plantas se obtienen absorbiendo una mixtura alucinógena*”. Cada vez que Narby interrogaba a los Asháninca sobre los elementos naturales del territorio, estos remitían sus explicaciones al mundo alucinatorio de la *Ayahwasca*. (Narby, 1989). Estas aseveraciones intriguaron profundamente al joven antropólogo, teniendo en cuenta que los conocimientos de los pueblos indígenas, no habían cesado de asombrar a científicos del siglo XX.

De esta manera, resolvió estudiar a fondo las relaciones entre el yagé y el conocimiento ecológico de los indígenas amazónicos peruanos. Lo primero que hizo, fue ponerse en contacto con las autoridades ambientales reconocidas en la comunidad como los *ayahwasqueros*, hombres que se internaban en el

bosque por meses, alimentándose sólo de plátanos, yucas y corazones de palmera (sin sal, ni grasa alguna), al tiempo que ingerían grandes cantidades del alucinógeno, vigilados por el sabedor principal.

Jeremy Narby encontró dentro de los relatos mitológicos, referencias sobre los *manikari*. Seres que se encontraban encubiertos por la selva, en las plantas, en los animales, en el curso del agua, quienes no obstante, pueden verse cuando se ingiere yagé. Para los *ayahwasqueros*, los *manikari*, son «fuente de saber». De ellos obtienen los conocimientos pertinentes, para vivir en el universo amazónico. Este es precisamente, un testimonio de un Asháninca.

“*Son los manikari, quienes nos han enseñado a tejer el hilo del algodón, y hacer cushmas «vestidos». Antes mis ancestros vivían así no más calatos «desnudos» en el bosque ¿Quién otro habría podido enseñarnos a tejer?»* (Narby, 1989, pág. 14)

Ninguno de estos criterios tenía una explicación botánica para Narby. Empero, después de un año de convivencia con la comunidad, el antropólogo empezó a comprobar por sus propios medios el saber alucinógeno indígena, llegando a afirmar que: “*los resultados de la aplicación de la medicina indígena, son comprobados empíricamente, además de ser utilizados ampliamente por la industria farmacéutica*”. (Narby, 1989, pág. 62)

En efecto, los antropólogos y etnobotánicos habían subestimado por décadas, la importancia de la influencia de la medicina sobre la ideología indígena y sobre su conocimiento de la flora amazónica. Ahora Narby no sólo había perdido su escepticismo frente a la pericia indígena en el uso de plantas medicinales, sino que se tropezó con un descubrimiento asombroso: el acceso a través del alucinógeno a la información contenida en el material genético, en el ADN por parte de los *ayahwasqueros* en la ingestión de la mixtura.

Segundo Encuentro: Los caminos del yagé

El viernes 11 de marzo de 2011, tuve mi segundo encuentro con la planta sagrada del yagé. Esta vez me encontraba en la capital amazónica de Colombia, Leticia.



FIGURA 2. LOS CAMINOS DEL YAGÉ. FOTO, SANDRA CARDONA 2011.

Después de caminar en la selva por media hora desde la entrada del kilómetro 7 (vía Leticia-Tarapacá), atravesando una pequeña comunidad indígena huitoto, surcada de chagras⁸. Me he encontrado, sumergida en la naturaleza, la «gran casa», la maloca indígena. Una metáfora visual que reafirma su contenido poético y artístico. Su inscripción sobre el territorio es a la vez subrepticia y sobresaliente.

“Las malocas ya casi no se ven, la comunidad ahora prefiere tener su propio terreno, su propia chagra”, tal vez fue por mi asombro al mirar la casa comunal, que Cristóbal, el indígena huitoto que me acompañaba en el recorrido, aseveró la actual situación de asentamientos en Leticia. Yo la encontré maravillosa, y sutil. Construida con material vegetal: altas columnas de madera, vigas y travesaños unidos con bejucos y lianas, arriba un inmenso techo tejido con hojas de palma, abajo el suelo de tierra pisado compactamente. A su alrededor, un corredor de tierra, bordado por palmas de chontaduro, y otros árboles frutales.

⁸ Huerta integral, en la que se encuentran los policultivos de las familias indígenas.



FIGURA 3. LA MALOCA DE DON WILLIAM. FOTO, SANDRA CARDONA 2011.

Cuando llegué a la maloca ya eran las cinco y media de la tarde, Don William, el maloquero, se encontraba sentado en un banco de espaldas grande, hecho en madera. A su lado derecho, un hombre sudaba copiosamente, mientras pilaba coca. Dispuestos en otros bancos más pequeños a su alrededor, dos hombres hablaban alegremente.

Bienvenida señorita, siéntese como en su casa, su hammaca se encuentra en aquel lado, acomode sus cosas, ya tendremos tiempo de hablar

Don William, un hombre moreno, alto, acuerpado y de maneras gentiles vestía un pantalón caqui y sandalias de plástico. Su torso desnudo dejaba ver la buena condición de su cuerpo. Aunque la expresión de su cara reflejaba una vida consumada, su cuerpo evidenciaba una buena complejión. Cuando me habló, vi que sus dientes tenían un color verde y sus labios unas manchas negras, muestras de la acción más recurrente entre indígenas amazónicos. Estaba “mambiando” coca y “lamiendo” ambil⁹.

Me encontraba en la maloca con otro grupo de visitantes, entre ellos, una mujer joven que también venía a tomar yagé. Después de la presentación y

⁹ El ambil es una pasta espesa que los indígenas preparan con tabaco. Literalmente, cien por ciento nicotina pura.

de estar cómodamente instaladas, a las ocho de la noche, Don William nos invitó a sentarnos en el “mambeadero”, el lugar masculino de la «gran casa» en donde los hombres, generalmente pasan la noche hablando y pilando coca, es decir, “mambeando”.

Porque vienen a tomar yagé, ¿tienen problemas, se encuentran enfermas?

Preguntó Don William cuando nos habíamos sentado en los troncos de madera. Diana, la compañera de la toma, dijo simplemente que ella lo hacía por curiosidad, quería comprobar por sus propios medios los efectos alucinatorios de la planta. Por mi parte, argumenté que sentía la necesidad de tomarlo, como venía a vivir a Leticia por un tiempo, consideraba bueno limpiar mi cuerpo.

Bien muchachas, pues el yagé no se toma simplemente por curiosidad, detrás de todo hay una decisión. Usted tiene que tener una verdadera razón para tomar, sino el yagé no le muestra nada...

Dijo el chamán dirigiéndose a la muchacha, mientras introducía un dedo meñique en la totuma que estaba en el suelo, repleta de ambil, para luego llevárselo a la boca. Diana no dijo nada, simplemente guardó silencio.

Pues bien, vamos a tomar yagé. si es curiosidad no más, pues las visiones van a ser desordenadas, pero si usted tomó una buena decisión, el yagé le muestra, le muestra toda su vida si quiere, la pasada y la por pasar. Todo depende de lo que usted busque. Ahora, si es por enfermedad, de todas formas uno como sabedor se da cuenta, y ahí, miramos no más que tiene...

Después de hablar un poco más de las razones de visitar la selva, de intercambiar impresiones del viaje, de tomar abundante agua, Diana y yo fuimos llevadas a una casa pequeña de madera, que estaba detrás de la maloca, allí íbamos a tomar yagé. Cuando entramos estaba totalmente a oscuras. Nos sentamos en una banca de madera que iba de pared a pared.

A los cinco minutos entró Don William con su esposa, Doña Isabel, una mujer morena, con una mirada profunda. No dijo una palabra. Llevaba en sus manos una lámpara.

Don William, había cambiado su pantalón caqui, por unos de algodón blanco, llevaba también una camisa blanca, y en su cabeza una pañoleta del mismo color. Entorno a su cuello, collares de semillas y de diente de jaguar.

Se sentó al frente de nosotras con su esposa. En el suelo, reposaban en una esterilla, los objetos rituales del yagé. Collares de semillas, totuma con yagé, otras con esencias de flores, plumas y algunas imágenes católicas.

Esa ventana es para que ustedes vomiten, cuando sientan la necesidad. El baño, ya saben dónde queda. Ah, si sienten que alguien las toca, no se preocupen, son los espíritus del yagé que han venido acompañarlas.

Asentimos cuando terminó de decir las últimas palabras. Don William apagó la lámpara y un silencio apacible además de reconfortante, invadió el lugar. Afuera, la selva se difuminaba en cientos de sonidos, murmullos y hojas meciéndose. Tenues risas de unos hombres salían de la maloca.

Surgió entonces un sonido leve, un silbido empezó a salir de los labios del chamán, los perfiles de los cuerpos, aparecieron en la oscuridad, ahora mis ojos podían ver a Don William, inclinado en la totuma del yagé, dirigiendo sus oraciones, que se mezclaban entre dialecto indígena, silbidos y oraciones católicas. Isabel a su lado, impasible, nos miraba detenidamente.

En ese momento, sentí estremecer mi cuerpo, por un instante recordé el sabor amargo y espeso del bebedizo, las sensaciones desconcertantes después de ingerida la toma. Trate de calmar mis pensamientos, de concentrarme en el propósito de la toma.

Isabel, toma.

La mujer tomó la totuma en sus manos, bebió el contenido, su rostro se contrajo sutilmente. Luego bebió el chamán hasta terminar el contenido, ninguna mueca apareció en su rostro. De nuevo los cantos guturales, ahora Isabel mecía en sus manos un collar de semillas. Un agradable canto emergió de aquel rincón, el batir de las semillas acompañaban el lenguaje de las oraciones, así siguieron cantando y cantando, olvidando el paso del tiempo. Cuando terminó el

canto, se inclinó sobre el yagé y sopló una sola vez sobre la superficie. Hizo la señal de la cruz y le hizo un gesto a Diana, quien se colocó al frente suyo, Don William le pasó la totuma con yagé.

Llegó mi turno, me levante tranquilamente de la banca y me senté frente al chamán. Tome la totuma con las dos manos, y de un sorbo engullí el yagé. El sabor efectivamente era muy amargo y la textura espesa. Volví a mi puesto.

Esta vez no sé cuánto tiempo pasó después de la toma, tal vez unos veinte minutos, tal vez más. Oí un zumbido lejano, que asocie con cigarras o ranas distantes, evidencí que era un palpar en mi piel, un escalofrío estremeció mi cuerpo. Mire a Diana, que estaba recostada en la pared de la casa, abrazando sus piernas.

Sentí un extraño temor al cerrar los ojos, mi conciencia estaba empezando a agitarse en el océano de la noche. El vértigo y las náuseas crecientes hicieron que me sentara en el suelo. Recobré un poco de tranquilidad. Mientras el chamán seguía entonando sus cantos y sus oraciones, sentí en un momento vertiginoso, que era arrastrada por las palabras cantadas y por los silbidos.

De repente, la imagen cambio precipitadamente. Ráfagas de colores irrumpieron en mi mente, diminutas serpientes de colores, de brillantes colores empezaron a salir de torbellinos, serpenteando, entraban en todas partes, salían de todas partes, sus colores eran maravillosos, fosforescentes. Vi con claridad el camino por el que llegue a la maloca del chamán, era una enorme serpiente resplandeciente, que se movía sinuosa por el suelo. La marea de estímulos que se abatían en mis sentidos, hicieron que llegara a la ventana de un salto y vomitara copiosamente.

Sentí una presión en mi pecho, un calor que ascendía nuevamente desde mi estómago, el aire húmedo caliente, de nuevo el temor y el vértigo.

Sandra, concéntrese en una imagen, olvide todo lo demás.

Era una exigencia absurda de Don William, las imágenes cambiaban a una velocidad abrumadora. En medio del caos, vi a una mujer con una niña de la

mano, caminaban descalzas en la selva. Sentí, como si estuviera en sus cuerpos, la tierra se sentía húmeda, los pies se hundían sutilmente en la hojarasca blanda, en el barro, era como si tuviera una mirada microscópica del lugar, las hojas en el suelo, aparecían inmensa, ahora sus venas de color verde, se bifurcaban hacia todos lados, el batir de las alas de un pájaro me agitó. Miré el pájaro que volaba a una velocidad impresionante para después encontrar al sol detrás de sus alas. Vi que de su boca emanaba yagé.

El sabor amargo de la tierra, volvió a subir desde mi estómago, me encontré en la ventana vomitando de nuevo. Mi cuerpo exhausto y palpitante, empezó a adquirir de nuevo la conciencia del lugar. Las visiones se aclararon. Estaba acostada en la hamaca.

Conclusión: El yagé y la Serpiente Original

“La metamorfosis en animal-antepasado al igual que el éxtasis son expresiones diferentes pero homologables, de una misma experiencia: la trascendencia de la condición profana, la recuperación de una existencia paradisiaca perdida con el final del tiempo mítico”. (Flori, 1995)

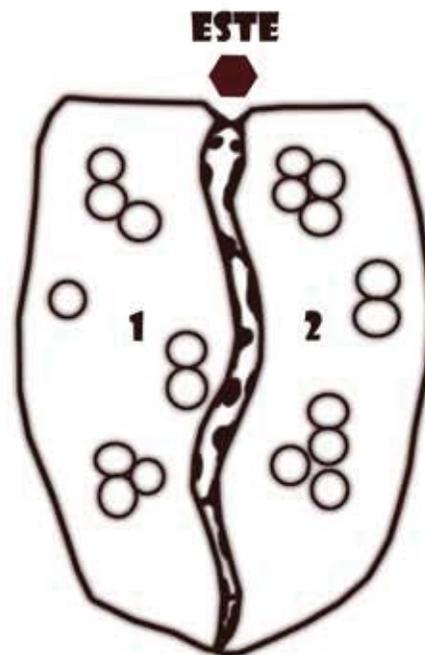


FIGURA 4: ILUSTRACIÓN DESANA DEL CEREBRO HUMANO. CROQUIS G.DOLMATOFF (1981)

En los estudios antropológicos realizados por Gerardo Reichel Dolmatoff (1981) con los indígenas Desana del nororiente amazónico colombiano, se encuentra una ilustración, con la representación del cerebro humano, por parte de esta comunidad.

Los Desana consideraban que la fisura ocupada por el reptil era una “depresión formada al inicio de los tiempos (mítico y embriológico) por una anaconda cósmica. Cerca de la cabeza de la serpiente, hay un cristal de roca hexagonal, justamente en el exterior del cerebro”(Dolmatoff, 1981, pág. 81). La serpiente como representación ancestral del surgimiento del hombre, aparece referida en diferentes trabajos que el antropólogo ha realizado sobre la etnografía chamánica indígena, encontrando por ejemplo este relato mítico de los tucanos del Vaupés: “los primeros hombres ascendieron ahora los ríos, embarcados en una gran anaconda que les servía de canoa” (Dolmatoff, 1969, pág. 304)

El largo viaje de la anaconda-canoa representa la dispersión de la humanidad a lo largo de los ríos y raudales. Aquí la serpiente, es representada como una divinidad que guía la canoa, al tiempo que creaba los elementos culturales y sociales, por los cuales los indígenas dirigían sus vidas.

Estas representaciones aparecen como las creencias cosmogónicas más propagadas en los indígenas amazónicos. Estas coincidencias en los relatos mitológicos, fue lo que le permitió afirmar a Jeremy Narby, que beber fuerte dosis de ayahuasca, le permitía a los Ashánincas, comunicarse con espíritus creadores de la vida de origen cósmico, es decir, con el ADN¹⁰. (Narby, 1989, pág. 102)

Lo que descubrió este antropólogo, es que al beber yagé, en un contexto ritual e iniciático, los hombres penetran la inmensidad de su memoria, hasta llegar al originario reptil antediluviano y descubren allí, el principio generador del conocimiento, el ADN. En palabras de Narby (1989: 88):

¹⁰ La molécula de ADN, según las explicaciones de Jeremy Narby, guarda el aspecto de dos serpientes enrolladas entre sí. De esta manera, parecía existir una conexión análoga entre la mixtura de la ayahuasca y el ADN de las células nerviosas del cerebro humano. Para llegar a esta aseveración, el antropólogo estudió las actividades neurológicas de esas mismas sustancias.

“(…) su conciencia está de alguna manera reducida al nivel molecular, los chamanes acceden por diferentes técnicas a información proveniente del ADN, que ellos llaman «esencias animales» o «espíritus»; así, las culturas chamánicas, o «animistas», saben desde hace milenios que el principio vital es único para todas las formas de vida”

Según esta afirmación de Narby, el ADN constituye entonces, la fuente del asombroso saber botánico y médico, del que disponen las culturas indígenas, un conocimiento que no se revela más que en estados de conciencia alterados, no «racionales» para la ciencia, pero con resultados verificables empíricamente. En este sentido las explicaciones mitológicas de los chamanes, corresponden con bastante precisión, a descripciones que la ciencia occidental comienza apenas a proporcionar.

A modo de conclusión epistemológica

Como se demuestra a lo largo de las narraciones anteriores, el sentido de lugar como problema de investigación fenomenológico-hermenéutico tiene una fuerte connotación sagrada a partir del pensamiento amerindio. La construcción de nuevo conocimiento implica acercarse a los límites epistemológicos y permitir desde la transversalidad la posibilidad de entender al otro o a lo otro. Para el hombre moderno aceptar desde el cartesianismo la validez del pensamiento amerindio plantea una dificultad prácticamente infranqueable debido al contraste entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. La corriente de pensamiento ambiental latinoamericano, de la cual son autores reconocidos Enrique Leff Zimmerman y Patricia Noguera de Echeverri (2007), reivindica la importancia de las relaciones entre naturaleza y cultura en contraste con el pensamiento moderno donde el hombre se encuentra sobre el mundo. Al reconocer al hombre como ser que forma parte de la naturaleza y no como su dueño y explotador, el pensamiento contemporáneo se eleva sobre el moderno y hace prevalecer el valor cultural sobre la devastación producto del desarrollismo. El estudio al pensamiento amerindio implica el fortalecimiento al respeto por el pasado que no es otra cosa que el respeto por la existencia humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Davis, W. 2004. El Río. Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica. México: Fondo de Cultura Económica.
- Derrida, J. 1995. Khora. Argentina: Alción Editora.
- Dolmatoff, G. R. (1969). Estudios Antropológicos. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, 327-345.
- Dolmatoff, G. R. 1981. Cerebro y conciencia en el Chamanismo Desana. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Flori, L. 1995. El Baile del Muñeco. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Gadamer, H. G. 1998. Verdad y método II. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Narby, J. 1989. La serpiente *cósmica*. *El ADN y los Orígenes del Saber*. Estados Unidos.
- Noguera, A.P. 2007. Hojas de sol en la victoria regia. Emergencias de un pensamiento ambiental alternativo en América Latina. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.
- Spruce, R. 1908. Notes of botanist on the Amazon and Andes. London: Macmillan & Co.

